

el quinqué de petróleo de cuando el tío era estudiante.  
Luego, murió de una enfermedad oculta.  
Tanto esfuerzo para nada  
y menos mal si no se resintió el honor de la familia.

La viajera ha dejado sus anteojos sobre una butaca,  
su cansancio colgado de una percha,  
y ha pedido permiso con buenos modos para respirar.  
Noto el cansancio de la larga jornada mensual.  
Me están aguardando los libros del Debe y el Haber,  
las lecciones de mis alumnos  
y un montón enorme de periódicos de los que he de extraer algún recorte,  
la esquila de defunción de algún amigo,  
la crítica de libros publicados.

Las mujeres se sientan por dos veces en sus sillas,  
cubren públicamente sus desnudeces  
y proponen vayamos a cualquier cine particular  
a distraer el tiempo y derrochar la reserva de carcajadas  
—¿porqué se les irá tornando hueca la voz?—  
a gastar alegremente los sollozos  
aunque sea necesario pedir un anticipo.  
Luego, un señor comienza a hablar de su propio padre.  
Aquel que le pagó los gastos de la boda  
y a quien no ha vuelto a ver desde hace algún tiempo.  
Recordando estas cosas, se quita la dentadura  
y la limpia cuidadosamente con un pañuelo.

Alguien alza la voz. «Podíamos bailar,  
podíamos iniciar un baile apartando las sillas».  
Estas palabras asustan a los concurrentes.  
Una señorita se cubre el rostro con las manos.  
Una sirvienta vuelve hacia la pared los espejos.  
Al imponer una persona de edad su criterio,  
iniciamos una conversación sobre la maquinaria agrícola.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.